

El tambor mayor de la tropa del General Díaz resultó herido en una rodilla, y el General en jefe del Ejército de Oriente tuvo, en aquella vez, que hacer de cirujano.

«Lo llevé en camilla, con mucho trabajo, por varios días, y me ocurrió con él un episodio raro, hasta inverosímil.

«Encontré en el pueblo de Xochihuehuetlán á un extranjero, llamado Jhonston, que estaba de paso y se presentaba como médico; pero según supe después, no había sido sino mozo de un doctor inglés, de quien heredó, no sólo sus libros, papeles, diploma, botiquín é instrumentos, sino también el nombre. . . .

«Siendo de absoluta necesidad cortarle la pierna á Rodríguez (el tambor mayor), dije á Jhonston que le hiciese la amputación. Pretextó, para no hacerla, que no teníamos instrumentos quirúrgicos ni cloroformo; pero le obligué á que la hiciera, para lo cual le preparé una navaja de barba y un serrucho de carpintero, substituyendo el cloroformo con aguardiente.

«Cuando Rodríguez estaba completamente borracho, se procedió á la operación.

«Yo tenía la costumbre de presenciar las operaciones de mis subordinados, y me presté á ayudar á Jhonston como practicante. Apreté á Rodríguez la parte más inflamada de la rodilla, y notando que apenas había sentido dolor, di á Jhonston la navaja de barba. Al cortar la carne, se le quitó al hombre lo borracho, gritó, y al proseguir la operación, y ver la sangre que salía abundantemente de la herida, le dió un vértigo á Jhonston, que cayó desmayado.

«Todo lo que él pudo hacer fué el corte circular de la carne. Comprendiendo que en ese estado no era posible que quedara pendiente la amputación, me vi obligado á continuarla, sin embargo de que nunca había hecho una; pero por haberlas presenciado, sabía algo de cómo se hacían. Hice la disección y subí la carne para cortar el hueso del muslo, de manera que pudiera ser cubierto después por la carne que quedara. Corté en seguida el hueso con la sierra de carpintero, habiendo comprimido antes la arteria femoral, y no teniendo un torniquete con que entonces se hacía la compresión, coloqué en la ingle, sobre la arteria, una esfera formada de tiras de brin, que sujeté con fajas del mismo género, y la apreté por detrás, usando de una baqueta de tambor para dar torsión á la banda constrictora: ligué después las arterias, y pude terminar mi operación como si fuera cirujano; pero tenía la íntima convicción de que estaba tan mal hecha, que el paciente no podría sobrevivir muchas horas.

«Con gran sorpresa vi que se repuso; y vive todavía en Oaxaca, donde recibe su pensión del Estado, como militar retirado.» (Memorias).

El relato de este episodio fué hecho en 1883, y el amputado Rodríguez murió el año de 1892.

Como se ve, los abnegados jefes republicanos luchaban en muy duras condiciones, por la falta de toda clase de elementos, y aunque al oír el nombre de Porfirio, acudían voluntarios de los pueblos á ofrecer sus servicios al prestigiado y popular caudillo, la falta de recursos le impedía utilizarlos.

Así lo dice D. Porfirio en una de sus cartas á D. Matías Romero, que en ese tiempo estaba como Ministro en Washington:

«El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos: todos los pueblos me llaman, y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio; pero prefiero tener una fuerza reducida, á tenerla numerosa y sin haber alguno. Con dinero, tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar á lugares donde hay traidores ricos, que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, y á veces menos; en cuanto á los jefes y oficiales, sirven sin recibir sueldo. Se podría juzgar que debería yo exigir préstamos á los pueblos; pero no creo que ésta sea la marcha que debo seguir. No quiero extorsionarlos, y menos cuando son nuestros fieles aliados, llamados á servirnos grandemente en su oportunidad.

«El hecho más notable de estos días de Julio, es la derrota que Figueroa logró sobre una Columna austriaca, que por la sierra se dirigía á la costa de Sotavento.

«En Soyaltepec, lugar de la acción, fueron recogidos 93 cadáveres de austriacos; en todo el camino por donde aquéllos fueron perseguidos, de allí al plan de Tehuacán, quedaron muchos muertos, cuyo número no puede precisarse, dada la espesura del monte, y porque los perseguidores no eran realmente soldados de Figueroa, sino de los pueblos, que, apoyados por los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo, y los menos resueltos, desocuparon sus casas y les aplicaron fuego, para negar por ese modo, á nuestros contrarios, toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Ixcatlán y Ojitlán.»

El 20 de Agosto de 1866, el jefe del cuerpo de Ejército de Oriente, decía en un informe al Ministro de la Guerra:

«República Mexicana.—Línea de Oriente. —General en jefe.

«Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado de distracción en que actualmente se encuentra el ejército invasor, por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país, he dispuesto hacer un movimiento general con los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas, y han comenzado mis planes á realizarse, con buen éxito hasta ahora. El día 10 del corriente Agosto, el Coronel D. Jesús M. Visoso, sublevó 200 infantes de la guarnición de Chiautla, y derrotó con ellos el resto de la guarnición que mandaba el traidor Gavito, incorporándoseme en seguida con su fuerza, un obús de montaña y 86 fusiles sobrantes. El 13 del mismo mes, nos hallábamos frente á Chiautla, cuya plaza había sido recuperada por el enemigo, reforzado con la guarnición austriaca de Matamoros. En ese día, creí que el enemigo aceptaba el combate que mi presencia le ofreciera, pero no hizo más que salir á ver mis fuerzas, sin dejar el apoyo de la plaza fortificada, y volver hacia sus trincheras.

«En tal situación, recibí aviso de que el Teniente Coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa, á la cabeza del pueblo de Itscaquixtla, había batido al traidor Granados Maldonado, Prefecto de Tepeji, haciéndole 7 muertos y 26 prisioneros, quitándole 30 fusiles y dispersándole la mayor parte de la fuerza, de la cual, se pasaron á nuestras filas, durante el combate, 28 jinetes.

«Embarazado Sánchez Gamboa por su pequeño botín, y perseguido de cerca por fuerzas procedentes de Tepeaca y Puebla, demandaba mi protección para incorporármese. En tal virtud, mandé al C. Gral. D. Francisco Leyva, Gobernador del tercer Distrito de México, con 70 caballos, para reunir las partidas republicanas que se hallaban en su Distrito, organizar y armar á la parte de aquel vecindario que se hallase dispuesta á defender la Independencia, y establecer, donde fuera posible, las autoridades republicanas; y con el resto de la fuerza que está á mis inmediatas órdenes, marché hasta lograr que se me reuniera con la suya, el expresado ciudadano, Teniente Coronel Sánchez Gamboa.

«Mientras esto pasa aquí, el C. Gral. D. Luis Pérez Figueroa, ha debido amagar vigorosamente la plaza de Tehuacán, por la parte del Norte; el Comandante de Batallón, C. D. Felipe Cruz, á la cabeza de 150 montañeses de las Mixtecas, ha debido ocupar el mineral de Peras, el día 12; en la misma fecha, el C. Coronel D. Manuel López y Orozco, ha hecho su marcha agresiva de Jamiltepec á Zola; la guar-

nición de Juchitán debe haberse trasladado á Tequisistlán, para cortar el camino entre Tehuantepec y Oaxaca. Espero el resultado de todas esas operaciones, que deben haberse ejecutado simultáneamente, y me aprovecharé del conflicto del enemigo para extender mi radio de acción por este lado, y adquirir algunos recursos para mantener á mis soldados, lo cual servirá también para poder ir á desafiar al enemigo, que se halla en Puebla, por medio de marchas cerca de aquella ciudad. Si, como me prometo con fundamento, sale á perseguirme, lo alejaré de su centro cuanto sea posible, y lo batiré, sólo en caso de estar seguro del buen resultado; pues no es ese, por hoy, mi principal objeto, sino poner en acción los elementos con que cuento en la parte Norte del Estado de Puebla, en Tlaxcala y aun en la misma Ciudad de Puebla, en donde ya comienza á agitarse el espíritu de la insurrección. Próximamente tendré el gusto de poner en conocimiento de usted, el resultado de todas estas operaciones, en las cuales no he dado participio á las fuerzas de Chiapas, Tabasco y Veracruz, porque las primeras deben estar en los límites de Oaxaca, en observación sobre Tehuantepec; las del General García, sobre Tlacoatlán, y las segundas deben conservarse siempre en guardia contra los agresores de Yucatán.

«Patria y Libertad.—Tlapa, 20 de Agosto de 1866.—(Firmado).
PORFIRIO DÍAZ.—C. Ministro de la Guerra.—Chihuahua.»

Tras el pronunciamiento de San Juan Itscaquixtla, Trujeque abandonó su puesto de observación en Tacache, y fué á incorporarse á la guarnición austriaca de Huajuápam de León.

Sabiendo el General Díaz, por correspondencias interceptadas, que á consecuencia de las últimas operaciones, por él emprendidas, los imperialistas de Oaxaca estaban desmoralizados, se propuso estrecharlos con la mayor actividad posible.

«Estando en Tepeji, las guarniciones imperialistas de Tehuacán, Huajuápam de León, Tepeaca y Acajete, se movían simultáneamente, dando á conocer el propósito de encerrarme en aquella población.

«La fuerza de Huajuápam era la más seria, y la dejé avanzar hasta Santa Inés.

«Cuando ella se puso en marcha, de Santa Inés para Tepeji, y las otras estaban ya muy inmediatas, tomé la dirección por el pueblo de Atexcal, y en una marcha forzada por Chazumba, y por toda la barranca de ese nombre, fui á salir cerca de Huajuápam de León, sin haber tocado camino nacional ni vecinal.

«Como mi arribo á Huajuápam era inesperado, encontré en saba-

na toda la caballada de Trujeque, que estaba en dicho punto; y como su excusa por el acontecimiento de Tacache, me había parecido obvia, dije á sus remonteros que se retiraran con los caballos para el pueblo, y que dijeran á Trujeque que le esperaba yo afuera. Le dirigí un recado escrito, en que le prevenía que ensillara y saliera á incorporárseme. Procedí así, porque á más de la de Trujeque, había fuerza austriaca de infantería, que ocupaba las alturas de Huajuápam.

«Estaba tan cerca de la ciudad, que á poco de haber entrado la caballada, oí tocar botasillas, y me parecía que Trujeque iba á cumplir mis órdenes, pues le vi salir. Avancé con cautela á encontrarle, y en esos momentos rompió sus fuegos sobre mi fuerza, obligándome á atacarle y hacerle volver á las calles de la ciudad, hasta donde yo no podía penetrar, porque me lo impedían los fuegos de los infantes que coronaban los edificios.

«Permanecí dos días frente á aquel lugar, y cuando calculé que ya era tiempo para que regresara la Columna enemiga que debía haber llegado hasta Tepeji, y que estuvieran cerca de mí las otras de distinta procedencia, que también me buscaban, me retiré por la montaña rumbo á Tlaxiaco, adonde llegué.

«La noticia de mi presencia en Tlaxiaco alarmó mucho á la guarnición de Oaxaca, y salió en mi persecución el General Oronoz, que era el jefe de aquella zona militar, con 1,500 hombres de las tres armas. No estando yo en condiciones de batir á semejante fuerza, me dirigí á Chalcatongo, donde tal vez hubiera podido resistir, protegido por las condiciones del terreno y ayudado por los indios de la montaña, que todos eran patriotas celosos.

«Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez, por mi parte, de víveres y forrajes, así como de municiones de guerra, pues llovía mucho y no era posible secar la pólvora que podíamos elaborar, empezaron á desmoralizarse mis soldados y á desertar en partidas. La inacción obligada del momento, la falta de alimentos y las lluvias que calaban las carnes de aquella gente sin abrigos, abatieron su ánimo hasta el extremo que llevo dicho. Como quiera que hubiese sido, á mí, de pronto, me convenía mantenerme en aquellas ventajosas posiciones, y salvar de cualquier modo las demás dificultades.» (Memorias).

En tan aflictivas circunstancias, el General Díaz esperaba, con ansia, tener noticias de su hermano, que, según su creencia, debería, en ese tiempo, haber regresado ya de Chihuahua.

Cuando el General Díaz fué conducido prisionero á Puebla, el Co-

ronel D. Félix había emprendido un viaje, rodeando por los Estados Unidos, y llegando á Chihuahua, concurrió al asalto de aquella plaza; pero al saber que su hermano Porfirio se había escapado de la prisión se separó del Sr. Juárez, á quien se había presentado, y regresó á Oaxaca.

Entretanto, el jefe del Ejército de Oriente luchaba contra el clima, la desertión y el hambre, en las montañas de la tierra natal.

Una noche, la del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzadas en el camino de Tlaxiaco á Chalcatongo, acompañado nada más que por su clarín de órdenes, y desconsolado porque la principal de aquellas avanzadas había desertado, se sorprendió al oír el ruido de las pisadas de un caballo y la conversación de dos personas que por el mismo camino se acercaban.

«Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía, y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad, y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo que á la policía.

«Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente habían llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era probable que, en los momentos que hablaba conmigo, que sería entre tres y cuatro de la mañana, el enemigo estaría saliendo del lugar. Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados; subí violentamente al Cuartel General, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos, y mandé dar el primer toque de marcha.

«Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el ene-

migo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde, alcanzamos algunos soldados cansados, y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

«El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella, ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

«Oronoz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las intermediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporármeme con la fuerza que había organizado.

«Oronoz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pie de la montaña.

«En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas, y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

«Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escuadrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal, y el Gral. D. Vicente Ramos la otra.

«Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente, que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

«Dejaron los húngaros, en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe del escuadrón, Conde de Gants. Este escuadrón tendría 100 hombres, y mi fuerza tal vez llegaba á 300, pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas fuerzas. Por mi parte, sufrí también pérdidas; entre mis heridos estaba el Mayor de caballería, D. Manuel Bueno.» (Memorias).